

El Microcosmo y El Macrocosmo

Cuando reflexionamos sobre la constitución del microcosmo descubrimos que en él están depositadas tres realidades. El hombre está dotado de una realidad exterior o física. Pertenece al dominio material, al reino animal, porque él se ha originado en el mundo material. Esta realidad animal del hombre lo comparte en común con los animales.

El cuerpo humano está sujeto, como los animales, a las leyes de la naturaleza. Pero el hombre está dotado de una segunda realidad: la racional o intelectual y ésta es superior a la misma naturaleza.

Todos los conocimientos científicos de que disfrutamos, eran secretos profundamente ocultos de la naturaleza, desconocidos por ella misma, pero el hombre fue capaz de descubrir estos misterios, de sacarlos del plano de lo invisible al plano de lo visible.

Aun existe una tercera realidad en el hombre, la espiritual. Por mediación de ella, se descubren las revelaciones espirituales, la facultad celestial o divina, que es infinita en comparación con la del dominio intelectual o físico. Este poder ha sido conferido al hombre a través del soplo del Espíritu Santo. Es una Realidad Eterna, indestructible, una Realidad que pertenece a la Divinidad, al Reino sobrenatural; una Realidad con lo que se ilumina al mundo y que concede al hombre una vida eterna. Esta tercera realidad espiritual, es aquella que descubre los acontecimientos pasados y que contempla las perspectivas del futuro. Es el rayo del Sol de la Verdad. El mundo espiritual está bañado con Su Luz. La totalidad del Reino Divino ha sido iluminado por él. Éste goza de un mundo de Beatitud, un mundo que no tiene comienzo y que no tiene fin.

Esta Realidad celestial, la tercera del microcosmo, libera al hombre del mundo de la materia. Su Poder le permite escaparse del mundo de la naturaleza. Al hacerlo, él encontrará una iluminadora Realidad que trascenderá la limitada realidad del hombre y que le permitirá alcanzar el infinito de Dios liberándolo del mundo de la superstición e imaginaciones y sumergiéndole en el mar de los rayos del Sol de la Verdad. Este hecho está probado por la evidencia científica como asimismo por la espiritualidad.

Cuando observamos la estructura de los fenómenos vemos que todos ellos se componen de elementos simples. Esta singular célula elemental viaja y en su curso penetra todos los grados de la existencia. Deseo que consideréis esto cuidadosamente. Este elemento celular ha estado en algún tiempo en el reino mineral. Mientras ha permanecido allí ha tenido su paso y transformaciones a

través de millares de formas e imágenes. Habiendo perfeccionado su viaje en el reino mineral, ascendió al reino vegetal; y de allí otra vez pasa por transformaciones a través de millares de condiciones. Habiendo llenado sus funciones en el reino vegetal, el elemento celular ascendió al reino animal.

En el reino animal nuevamente toma parte en la composición de millares de formas y entonces pasa al reino humano. En éste similarmente, tiene sus transformaciones y viajes a través de múltiples formas. Para abreviar, este simple átomo primordial ha tenido sus grandes viajes a través de todos los estados de vida y en cada uno de ellos se ha dotado con una especial y particular virtud o característica.

Como consecuencia, los grandes Filósofos divinos han dictado el siguiente principio: “Todas las cosas están involucradas en sí mismas”. Porque cada fenómeno simple ha gozado de los postulados de Dios y en cada forma de estos infinitos electrones, se han manifestado sus características de perfección.

Así esta flor formó parte de la tierra. En animal come la flor o sus frutos y como consecuencia asciende así al reino animal. El hombre come la carne del animal y allí tiene su ascenso al reino humano, porque todos los fenómenos se dividen en aquellos que comen y en aquellos se comen. Así es que cada átomo primordial de estos átomos simples e indivisibles han tenido su curso a través de la creación sensitiva, formando parte constantemente de los agregados de varios elementos. Por lo tanto, tenemos la conservación de la energía y la perfección del fenómeno, la indestructibilidad del mismo, inmutable, inalterable, porque la vida no puede sufrir aniquilación o destrucción, sino solamente cambios.

La aparente destrucción es así; que la forma, la imagen exterior sigue a través de estos cambios y transformaciones. Volvamos nuevamente a tomar el ejemplo de la flor. Ella es indestructible. La sola cosa que podemos ver, su forma exterior es efectivamente destruida; pero los elementos, los indivisibles elementos que han venido a formar parte de la composición de esta flor, son eternos e inalterables. Por consiguiente, la realidad de todo fenómeno es inalterable. La extinción o mortalidad no es nada más que la transformación de cuadro o imágenes, por decirlo así; la realidad detrás de esas imágenes es eterna. Y cada imagen o realidad es una de las bondades de Dios.

Algunos creen que la divinidad de Dios tuvo un principio. Dicen que antes de este comienzo particular, el hombre no tenía conocimiento de Dios. Con este principio han limitado el campo de operación de las influencias de Dios. Por ejemplo, ellos piensan que hubo un tiempo en el cual el hombre no existió y que habrá un tiempo en el futuro en el cual ya no existirá. Esta teoría limita el poder de Dios. Entonces, ¿cómo podríamos comprender la divinidad de Dios, si no

fuera por medio de un entendimiento científico de las manifestaciones de los atributos de Dios?

¿Cómo podemos comprender la naturaleza del fuego a no ser por su calor, por su luz? Si no hubiera calor ni luz en este fuego, naturalmente no podríamos decir que él existe.

Es así, si hubo un tiempo en el cual Dios no manifestó Sus cualidades entonces no hubo Dios, porque los atributos de Dios presuponen la creación de los fenómenos de la naturaleza. Por ejemplo, considerando, que en el presente decimos: Dios es el Creador, entonces siempre debe haber habido una creación, puesto que la cualidad del Creador no puede estar limitada al momento en el cual un hombre o varios comprenden este atributo. Los atributos los descubrimos uno por uno; estos mismos atributos necesariamente se anticiparon el descubrimiento que hicimos de ellos. Entonces Dios no tiene principio ni fin; y Su creación no puede nunca ser limitada en grado. Las limitaciones de tiempo y grado corresponden a las cosas creadas, nunca a la creación en su conjunto. Pertenecen a las formas de las cosas, no a su realidad. El Resplandor de Dios no puede ser suspendido o paralizado. La Soberanía de Dios no puede ser interrumpida.

Así como la Soberanía de Dios es inmemorial, así la creación de nuestro mundo a través del infinito es presupuesta. Cuando pensamos en la realidad de este hecho, vemos que las Bondades de Dios son infinitas, sin principio y sin fin.

Las grandes Bondades de Dios en este mundo maravilloso son Sus Manifestaciones. Éste es el más grande postulado. Estas Manifestaciones son los Soles de la Verdad. Porque es a través de Ellas que la Realidad se hace conocer y se establece para el hombre. La historia nos prueba que, fuera de la influencia de las Manifestaciones, el hombre se deja caer en una condición animal, usando incluso su poder intelectual para servirse o subordinarse a un propósito animal. Por esto no hay término, sea lo que fuere en el futuro, para la aparición de las Manifestaciones de Dios; porque Él es infinito y Sus propósitos no pueden ser limitados en ninguna forma. Si nos atrevemos a limitar y circunscribir los propósitos de Dios, dentro de ciertos linderos, entonces necesariamente habremos osado fijar limitaciones a la Omnipotencia de Dios. ¡El ser creado ha osado juzgar a su Creador!

En consecuencia el hombre perfecto siempre contempla los rayos del Sol de la Verdad. El hombre perfecto siempre aguarda y espera la venida del Esplendor de Dios. El siempre reflexiona sobre los métodos y objetivos de Dios, conociendo siempre que las Realidades de la Divinidad no son limitadas, que los Nombres y

Atributos Divinos son eternos. Las Gracias y Bondades de Dios son infinitas y la llegada de Sus Manifestaciones no están limitadas por la época o el tiempo.

'Abdu'l-Bahá, Fundamentos de Unidad Mundial, p. 87
